



ONTOLOGIA Y GNOSEOLOGIA: una mirada fenomenológica.

Pelayo Pérez

Álvarez Falcón, Luis: **'REALIDAD, ARTE Y CONOCIMIENTO'**. *La deriva estética tras el pensamiento contemporáneo*. Prólogo de Ricardo Sanchez Ortiz de Urbina. Editorial HORSORI, 2010.¹

Este es un libro inquietante. No porque no sea, como nos aclara Sánchez Urbina en su luminoso prólogo, un ensayo, sino un libro de filosofía, con su “geometría de las ideas” y con su tesis audaz, y necesaria claro está. Ni tampoco porque, además de todo esto, sea este un texto rigurosamente fenomenológico. Es decir, el resultado de una investigación que ha tenido como *método* la fenomenología, aunque sin desvincularse de las ideas, sin elevarse, como resalta Sánchez Urbina, hacia el infinito, hacia la desmesura de una pretendida “mirada de sobrevuelo”.



Pero por eso mismo, precisamente, es inquietante, por eso nos afecta. Porque se mantiene a ras de suelo, apuntando a “la cosa misma”, volviéndola concreta, vibrante, *táctil*. La inquietud proviene de ella, de “la cosa”, de la sensación que nos la acerca, que irradia desde su *oscura* condensación.

Empero, el libro de Luís Alvarez Falcón, pues así se llama el autor de este intenso estudio, titula el mismo con un rótulo que estructura el texto en su promesa cumplida: *Realidad, arte y conocimiento*. Lo inquietante, se habrá adivinado, proviene de ese primer término: **realidad**. Pues tanto el “arte” como el “conocimiento” parecen haber sido domeñados por la tradición filosófica, como si hubieran sido prendidos,

¹ Este es el título del libro que comentamos en estas páginas. El citado texto ha sido escrito por Luis Álvarez Falcon, profesor en la Universidad de Zaragoza y uno de los investigadores más interesantes del panorama filosófico y fenomenológico español. El libro que comentamos viene precedido por un espléndido y jugoso prólogo escrito por Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina.



fijados por la red de las ideas mismas. Sabemos que no es tan sencillo. Los problemas que plantean la “representación”, el “objeto” o el “sujeto” no se agotan en los tratamientos epistemológicos tradicionales, mucho menos lo hacen de la mano de la psicología, de la sociología o de las diversas hermenéuticas que en derredor del “producto artístico” se han construido. La *cultura* ni se deconstruye ni se encierra en la pluralidad de individuos que hablan, escriben, esculpen, pintan o construyen edificios. Pero tanto el “objeto” como el “sujeto” han sido, con todo, tema predilecto de las filosofías modernas, que parecen hoy en día secuestradas por las neurociencias o el cognitismo informático, si es que esto quiere decir algo. No podemos extendernos en esta enredadera reductora, menos aún cuando tratamos de lo bello, de lo sublime, aunque no está de más saber por donde pueden ir hoy en día los deslizamientos que sumirían estas ideas en la categoría de meros productos bioquímicos, *encefalográficos*. Hay, naturalmente, otros peligros, otras místicas no menos mixtificantes. El espiritualismo, la filosofía de la presencia, el realismo más o menos “mágico”, en fin todo ello son pozos oscuros que subsumen la obra de arte, lo artístico y lo estético en una confusión de la cual no es inocente cierta ideología dominante.

En cierto modo, Luís Alvarez Falcón no hace sino esto: abrir sendas, no para perdernos, sino para encontrarnos. Y este encuentro es tan intenso, tan “a flor de piel”, que su reconocimiento es lo que más nos inquieta. La inquietud que produce la afectividad ahí encarnada, en cada uno de nosotros, en cada cuerpo viviente. Pues de esto trata el estudio filosófico-fenomenológico del profesor Falcon: del análisis de “la realidad”. Pero esta investigación tiene esto de sorprendente, y que ya su título enmarca, aunque hay que leer este muy trabajado texto para destacarlo. Pues el texto no solo anuncia un estudio sobre la “realidad”, efectivamente, sino que, con ella, nos promete a su vez una investigación sobre el “arte” y, acaso, sobre el vínculo que el “conocimiento” instaura o sobre el “conocimiento” como resultado de ese *constructo* que es el arte. Y esto nos resulta asombroso porque, a nuestro entender, el núcleo pivotante del texto es “la estética”, el fenómeno de lo estético. Lo ‘estético’ no es lo ‘artístico’, aunque a menudo se confundan o se solapen.

La estructura que enuncia el título del libro que comentamos se atiene, rigurosamente, a las reglas al uso como hemos indicado. Pareciera que los territorios signados por el rótulo “artístico” o “conocimiento” estuvieran, como hemos dicho,



suficientemente surcados, roturados, tematizados. Y no deja de ser cierto, pero es esta una verdad restrictiva y restringida. La cual, por lo demás, muestra toda su potencia inagotable cuando aparece ante nosotros el fenómeno de lo “estético”, el núcleo que va a destacar Luis Alvarez Falcon y el cual va a iluminar con su focalidad pasmosa esos registros de la técnica, de la objetividad, y del conocimiento, cual son los dos mentados: el uno como construcción, como “ars”, como *objeto* y “figuración” y el otro como “competencia artística”, como resultante de una historicidad.

Falcon nos llevará, claro está, hasta las raíces platónicas de esta dialéctica, para progresar hasta Baumgarten y Kant y arribar a los ‘espacios’ acotados por Adorno y su influyente estética. Y, en este sentido, recupera con una brillantez y probidad dignas de elogio, la figura, no menos inquietante y luminosa, de W.Benjamin.

No se agotan en estos nombres propios, ni en su maestro y amigo Sánchez de Urbina, que tanta influencia está dejando en estos y otros ámbitos del saber, las rutas necesarias que el problema de la “estética y la subjetividad” abren a la conciencia, y por ello, como es de esperar, Falcón recurre a Husserl destacadamente, y también a Merleau-Ponty, quienes signan su análisis ya tras un ejercicio fenomenológico riguroso y fértil, hasta arribar a esa nueva fenomenología, cuya arquitectónica Marc Richir ha refundado espléndidamente, precisando y propiciando, como es el caso, un acceso a esta problemática que, enraizado sobre todo en la ya clásica distinción husserliana entre “imaginación” y *Phantasia*, descentró la mirada desde su estatismo para centrarse en el proceso genético de esa subjetividad, de la conciencia y su experiencia, proceso que recoge en sus páginas Alvarez Falcón, incorporando, como decimos, estas investigaciones de Marc Richir que tienen, en sus trabajos sobre “lo infigurable en pintura” o en los dedicados a la “*Phantasia*, a la imaginación y a la afectividad”, su momento mayor, allí donde el profesor de Zaragoza asciende para desde semejante altura ver más y ver mejor.

Pues la cuestión nuclear de este libro, la cuestión “inquietante”, se habrá adivinado, no es, o no es solamente, la ya de por sí problemática relación entre lo bello y el conocimiento. La cuestión, ya de suyo capaz de desmoronar nuestra ingenua mirada, no son las ideas que aquí tratamos, su realidad, su “carnalidad”, ni las instituciones simbólicas, culturales que las sostienen, que las fijan y estabilizan,



transcendiendo la fugaz aparición, la temporalidad subjetiva de los meros individuos. La cuestión, precisamente, es este registro que el título del libro no dice, o dice en exceso al referirse a la “realidad”, la cuestión inquietante es esa experiencia de una realidad “invisible” y de su “aparición”, de la visibilidad, por caso, en un cuadro, en un poema, de lo “infigurable”, de esa afección que impulsa el movimiento de la mano, del pincel, de la pluma, dejando la huella de una experiencia, de una “sensación” ante algo que no se ve, que se siente, que no pertenece, como deja claramente mostrado Alvarez Falcon, a la psicología del artista, del espectador, del lector, de cualquiera de nosotros.

Luis Alvarez Falcón va dando cuenta en su espléndido libro de ese registro de la *Phantasia*, de la aesthesis, de la afectividad y, por tanto, también, de lo sublime, ahí donde el sujeto alcanza su singularidad, ahí donde lo oscuro deja ver la condensación de lo que “mira”, de lo que “siente”, de lo que “experimenta”: esa “realidad” de la que forma parte y que, excesiva, incoativa, invisible se le escapa. Experiencia por lo demás que en y por su relación con el otro y con lo otro logra articular, estructurar, institucionalizar, tallando la ‘figura’ derivada de sí, de su conciencia, de sus sensaciones y afectos, de su inquietud.

Digamos, rápidamente, que no es este un libro estrictamente “para fenomenólogos”, sin dejar de ser un estudio fenomenológico, ni, en el mismo sentido, es este un trabajo filosófico, *strictu sensu*, sin que por ello sea un mixto de ambos. Y he aquí uno de los logros más destacables del autor, el de haber sabido aunar ambos “campos del saber”, situado en esa “mediana” del eje simbólico que le permite, en zigzag, ascender los escalones que superan ese mentado registro de lo simbólico, así pues, ascender desde la percepción y la intersubjetividad, desde los objetos y las relaciones de conocimiento, hasta los estadios más arcaicos, originarios y primordiales de los mismos. El logro de Luis Alvarez Falcon, su capacidad de síntesis, su amplio recorrido desde la horizontalidad de la experiencia cotidiana hasta la verticalidad de lo sublime, radica en su conocimiento exhaustivo tanto de la fenomenología cuanto de la filosofía, ambas vinculadas al mundo, a la carne, a esa realidad de la cual el arte nos da, destacadamente, el conocimiento.

En este sentido, el propio autor nos deja muy clara esta posición mentada en un par de líneas de su imprescindible prefacio, donde nos dice: “(...) la experiencia estética



del arte constituye un banco de pruebas que nos permite acceder, excepcionalmente, a través del mismo, a la estructura de nuestra propia subjetividad, al término de una escala de registros gnoseológicos que, concomitantemente, son también niveles de realidad” (pag.18).

Y bien, hemos aquí enfrentados a la Ontología y a la Gnoseología, como dos amenazantes tenazas que parecieran apresar la realidad misma. Es aquí donde la estética interviene, como si se desvinculase del “ser del objeto artístico” y, por tanto, de las teorías que dicen conocerlo. Lo “estético” se hurta a los reduccionismo de todo tipo, a su positivización o a su mixtificación especulativa, como habíamos indicado. Y al hacerlo deja “ver” su origen y el origen de aquello que “aparece” a su través: la genealogía de la subjetividad.

Falcón no se limita, por último, al trenzado de una filosofía del arte del siglo XXI, lo cual estaría plenamente justificado por lo demás, sin renegar de esa vía que sin duda transita con sumo provecho, como podrá comprobar el lector, y que además no puede eludir puesto que, en sus propias palabras, el arte “exhibe con especial claridad dinámica de la subjetividad”. Así pues, el arte, y la experiencia estética concomitante, nos proporcionan el acceso al desajuste “que muestra a la subjetividad en una especie de situación reducida, a través de la cual podemos acceder a esa intermitente y fugaz espontaneidad del “yo” en su proximidad al mundo y en el acto mismo de conocer”.

“El “arte” es, en síntesis, la forma del ‘fenómeno’”.

Pero es, a su vez, la muestra de un exceso y, por ello mismo, de una inquietud. El exceso de una realidad que ningún conocimiento sujeta ni domeña, y la inquietud de un sujeto heterónimo, desbordado, atravesado por el parpadeo de sí mismo que, fugazmente, aparece en el hacer artístico, en esa necesidad de la experiencia estética del mundo, de fijar, de cumplir, de apresar esa misma subjetividad excesiva que nos constituye.

Luis Alvarez Falcón alcanza, así pues, el inquietante exceso de un conocimiento que, con un estilo preciso y muy pedagógico por cierto, lo cual es de agradecer encarecidamente, nos hace girar la mirada para encontrarnos con aquello que se nos hurta entre las mallas de lo cotidiano: la luz parpadeante y densa de esa misma mirada.